

*La subjetividad desconcertada y la condición humana*

PASCAL, *Obras*, Madrid, Gredos, Estudio introductorio por Alicia Villar, 2012, 901 pp.

Carlos Gómez

Los hay que lo confunden todo, exigiendo demostraciones donde sólo cabe conjeturar o conformándose con conjeturas donde deberían llegar a demostrar.

Algunos no saben ignorar.

Si no se pudiera hacer nada sino por lo cierto, no se podría hacer nada por nada, porque nada es cierto.

Pascal, *Pensées*

Dentro de la colección Biblioteca de Grandes Pensadores, la editorial Gredos ha venido publicando las principales obras de una serie de hitos del pensamiento occidental, desde el nacimiento de la Filosofía en la Grecia clásica (Platón, Aristóteles) hasta nuestra contemporaneidad (Nietzsche, Wittgenstein), con cuidadas introducciones a cargo de reconocidos especialistas, que acercan y facilitan la lectura de los clásicos al hombre de nuestro tiempo. Serie por ahora concluida, sin descartar su posible ampliación en el futuro, con autores que no han podido ser incluidos en esta primera entrega.

Es en esa colección donde ha aparecido una nueva edición de las *Obras* de Blas Pascal, uno de los grandes ejes polémicos de la primera modernidad, en el que los conflictos entre el determinismo de la nueva ciencia y la visión moral del mundo se plantea con intenso dramatismo, sin excluir por lo demás la posibilidad de una visión del mundo abierta a una Trascendencia puesta en cuestión por las tendencias filosóficas y científicas modernas, que Pascal conoce bien, pero que quiere asumir críticamente. Con independencia de la posición personal que cada cual adopte al respecto, difícil es que la lectura de Pascal deje indiferente. Exaltado por unos y repudiado por otros, sus

*Pensamientos* ante todo siguen siendo una magnífica guía para el conocimiento de la condición humana y de ahí que se vuelva a él una y otra vez (desde obras más propiamente filosóficas a estudios literarios o el cine –según manifiestan, entre otras, *Blaise Pascal* de Roberto Rossellini o *Ma nuit chez Maud* de Eric Rohmer-), pues, como dijera un adversario del cristianismo de la talla de Nietzsche, para hacerse cargo de los problemas que él aborda “habría que ser tan inmenso, estar tan herido, ser tan profundo como lo fue y estuvo la conciencia intelectual de Pascal”.

Pero la presente edición no se limita ni mucho menos a *Pensées*, sino que incluye asimismo obras matemáticas y físicas (como, entre otras, *La regla de los repartos* –una geometría del azar- o los experimentos sobre el vacío), la *Conversación con Monsieur de Saci* (cuya edición bilingüe puede encontrarse, con traducción de la propia Alicia Villar, en Salamanca, Sígueme, 2006), opúsculos y cartas diversas, la *Vida de Monsieur Pascal* escrita por su hermana Gilberte, Madame Périer, además de los citados *Pensamientos* y las famosas *Provinciales*, que nos sitúan a Pascal dentro de uno de los debates más importantes del siglo XVII y nos ayudan a enmarcarlo en el seno de la gran familia humanista de la que procede (el escepticismo de Charron y los ensayos de Montaigne, el racionalismo de Descartes y la vida de los libertinos del XVII, el jansenismo y el jesuitismo, y, por supuesto, el grupo social al que perteneció, la *noblesse de robe*, la nobleza de toga y los oficiales que, en el tránsito de una monarquía moderada a la monarquía absoluta de Luis XIII y de Richelieu, perdieron poder), fuera de la cual, como José Luis Aranguren subrayó en su estudio introductorio a la edición publicada en Alfaguara en 1981, no se puede entender adecuadamente su figura; tradición y contexto a los que Alicia Villar (que ya se había ocupado del tema en *Pascal: ciencia y creencia*, Madrid, Cincel, 1987) presta la debida atención en su amplio y excelente estudio introductorio, “Blaise Pascal, pensar sin límites”.

En dicho estudio, además del marco contextual, son analizadas cada una de las obras incluidas en el volumen, teniendo en cuenta los problemas de las distintas ediciones (lo que, en el caso de los *Pensamientos* especialmente, es esencial para orientarse entre las distintas traducciones y versiones que de los mismos se han dado –Brunschvicg, Gouhier, Mesnard, Lafuma...-), así como la bibliografía pertinente al respecto, del magnífico aunque polémico estudio, dentro de la tradición marxista de

amplia orientación, de Lucien Goldman *Le Dieu caché* (traducido al castellano por J. R. Capella, como *El hombre y lo Absoluto*, pero preservando el subtítulo de *Estudios sobre el pensamiento trágico en Pascal y Racine*) a los de los propios Gouhier y Mesnard, además de los de Morot-Sir, Le Guern, Kolakowski o, entre nosotros, los del ya citado Aranguren o el de G. Albiac, indicando, cuando es preciso, los lazos y parentescos con otros autores como Kierkegaard o Unamuno, aun cuando quizá no subrayando lo suficiente, como a mí entender sería oportuno hacer, el *filum* entre Pascal y Kant, hasta el punto de que si Kant dijo que, por lo que hacía al ámbito de la ética, Rousseau había sido para él el Newton de la moral, yo no dudaría en calificar a Pascal como el “Rousseau de la kantiana filosofía de la religión”, si bien justificar este juicio excede los límites del presente comentario.

Alicia Villar recoge, en cualquier caso, esa amplia herencia, con la que no duda en polemizar cuando lo considera necesario: por ejemplo (p. XXV), con la lectura de Kolakowski en *Dios no nos debe nada. Un breve comentario sobre la religión de Pascal y el espíritu del jansenismo*, o en su juicio sobre *Las Provinciales*, esa siempre polémica obra con la que Pascal inventa un nuevo género literario, el panfleto, capaz de tratar intrincadas cuestiones, pero muy vivas en su época, en un estilo irónico, agresivo, pulido, que alcanzará gran resonancia social. Devoradas por el público, las *Provinciales* prestaron a los jansenistas –una forma de reivindicar el espíritu o el talante del protestantismo en el seno del catolicismo, para decirlo muy sucintamente- el apoyo más notable que podían esperar y ante el que los jesuitas reaccionaron con fuerza: los impresores de la obra fueron perseguidos o encarcelados, las aulas de Port-Royal clausuradas, en Roma presionaron para conseguir una condena definitiva. Pero Pascal no se arredró y, además de abordar los correspondientes problemas teológicos y la defensa de Arnauld, que había sido procesado, fustigó la relajación moral de los jesuitas (centró sus críticas en la *Somme des péchés* del P. Bauny y en el *Liber theologiae moralis*, en el que en 1644 el P. Escobar había compilado las máximas de 24 casuistas de la Compañía de Jesús), atacando su laxa moral, su afán de poder, su espíritu de cuerpo, su persecución de fines muy temporales con medios presuntamente espirituales, su habilidad para diestras calumnias apoyadas en medias verdades, su propuesta de “una vida sin molestias y el cielo a bajo precio”, medios todos ellos con los que

acabarán por justificar, según sus conveniencias, las peores acciones mediante el método de las “opiniones probables”. Es posible que Pascal generalizara en exceso (para Alicia Villar, la casuística, como aplicación de leyes generales a situaciones concretas “era una moral que tenía en cuenta las singularidades y, aunque se dieron ciertos abusos, fueron más excepcionales de lo que Pascal presenta”, p. LXIII). Pero, si no todos los jesuitas –pues ni era ni es el caso-, el espíritu “jesuítico” (que, además de relativo a la Compañía de Jesús o a un estilo artístico –el inaugurado precisamente por la Iglesia del *Gesù*, en Roma- ha venido a convertirse también, según figura en cualquier buen diccionario, en sinónimo de hipócrita –con razón o sin ella, y yo diría que en buena medida con razón, aunque no con toda ella-) quedó profundamente desacreditado.

Mas, como era de esperar, el estudio más pormenorizado, Alicia Villar lo dedica a los *Pensamientos* (en realidad, una pequeña monografía de 50 páginas), tomando en cuenta en primer lugar, según indicamos, la historia de los manuscritos y de las ediciones, debido a que “la diversidad de criterios seguidos en las distintas ediciones a lo largo de la historia muestra que, en el caso de esta obra, el orden puede alterar definitivamente el producto, ya que el lector que se adentra en los *Pensamientos* tiene una impresión muy distinta según utilice una u otra. Escéptico o místico, misántropo o humanista, romántico o racionalista, ortodoxo o herético han sido algunas de las calificaciones de sus intérpretes” (pp. LXXIII-LXIV). Problemas de interpretación en los que ya se había reparado en otras ocasiones, como cuando Kolakowski advertía que “de los ‘grandes filósofos’, a ninguno se le lee con tanta facilidad y con tal sentimiento de comprensión inmediata como a Pascal; y, sin embargo, ninguno suscita tan enormes dificultades de interpretación. En Pascal, todo es claro, y no obstante todo es ambiguo” (“La trivialidad de Pascal”, en *Vigencia y caducidad de las tradiciones cristianas*, trad. de R. Bilbao, Buenos Aires, Amorrortu, 1971). Tratando de orientarse en esa encrucijada, en ese conflicto de las interpretaciones, Alicia Villar nos ofrece sus decisiones y sus criterios: “A la hora de presentar las ideas generales de Pascal, es habitual seguir un orden temático. Es lo más sencillo para el intérprete: seguir su propio orden; de ahí que cada estudio sobre Pascal presente una organización particular de los temas. Sin embargo, dado que uno de los objetivos de este estudio preliminar es facilitar

la comprensión y la lectura de los *Pensamientos*, se exponen seguidamente los temas centrales en el mismo orden en que aparecen en los ‘Papeles clasificados’, sección I, [...], única organización de los textos que al parecer se debe al propio Pascal” (p. LXXV). Ello no exime de hacer oportunas referencias a fragmentos que pertenecen a “Papeles no clasificados” (sección II), incluso al seguir los pensamientos de la primera serie, a fin de evitar un horizonte de lectura lineal y procurando presentar los distintos ángulos desde los que son abordados los temas, como guía para no perderse en el laberinto de fragmentos. Y es a esa tarea, tan pormenorizada como útil, a la que se consagra el resto del estudio introductorio, que facilita el que cada cual pueda hacer *su* lectura de la obra, aunque ello requiera un mayor esfuerzo. No me cabe duda de que el realizado con esmero por Alicia Villar no solamente es documentado y riguroso, sino que será enormemente útil para el que quiera leer o releer la obra de un autor cuya vigencia sigue siendo incuestionable.

A Pascal precisamente dediqué uno de mis primeros artículos (“El proceso a la filosofía en Pascal”, *Universidad y sociedad*, 2, 1987, 107-128) y en diversas circunstancias he tenido ocasión, de cuando en cuando, de reconsiderar su aportación. Al retornar a él, con motivo de la cuidada edición de Alicia Villar, he tenido la sensación -pese al tiempo y la distancia- de volverme a encontrar con un viejo amigo -si es que le puedo considerar así-, al que los matices en el juicio de su obra o en la valoración de la misma, no le restan un ápice de su interés. Estoy convencido de que, desde la pluralidad de perspectivas desde la que cada cual se pueda acercar, no dejará de suscitar el del lector, para el que esta edición supone una excelente guía.